

diesen al vulgo ignorante que la religion católica iba á perecer con la revolucion y que todos los republicanos se convertirían en otros tantos hereges, (1) la culpa la tenían los que daban materia para juzgarlo así; y la prueba de todo lo que tenemos dicho en este sentido la encontrará el lector en la proclama de Morillo expedida en Cartagena (véase el n.º 54). El señor Restrepo se ha quejado en su historia del engaño que con eso se hacia á los pueblos, y dice: "En vano se les decia que las ventajas "debían conseguirse luego que cesara la guerra y que en la actualidad "era preciso hacer nuevos sacrificios para conseguir los grandes bienes de "la independencia, libertad é igualdad: ellos no calculaban sino conforme á lo presente, y no habia duda alguna que para hombres acostumbrados á la esclavitud, y que no conocian el alto precio de la libertad, "era en apariencia mas ventajosa la calma sepulcral que reinaba en las "colonias españolas ántes de la revolucion. Jamas se oia el estallido del "cañon, la guerra era desconocida, y raras veces se exigian contribuciones extraordinarias. Argumentos de esta clase podian solo rebatirse con "la experiencia que aun no se tenia." (2)

Pero no era solo en el gobierno general que se daban pasos sospechosos relativamente al principio católico. El 3 de noviembre de 1812 se habia dicho en el artículo 1.º de la constitucion del Estado de Antioquia: "El pueblo de la provincia de Antioquia y sus representantes reconocen "y profesan la religion católica, apostólica, romana como la única verdadera; "ella será la religion del Estado."

En el artículo 7.º de la constitucion revisada en 1815 se dice: "La "religion católica, apostólica, la única divina y verdadera, es la religion de "la provincia de Antioquia; ella será conservada en toda su pureza é integridad y protegida por el gobierno."

A los dos años ya se suprimia el dictado de romana. Nótese el lenguaje sencillo y candoroso del primer artículo de la del año de 1812 y el estudiado y capcioso del 7.º de la revisada en 1815. En este no se proclama la religion para el Estado sino para la provincia; se dejaba al gobierno en libertad para no tener religion; no habia una religion oficial, como cuando en la otra constitucion se decia que la religion católica, apostólica, romana era la religion del Estado. Por el dicho artículo 7.º se encargaba al gobierno la proteccion de la religion católica, apostólica y su conservacion en toda pureza é integridad. Pero ¿quién debia decidir, llegado el caso, de la pureza ó impureza de la religion una vez que se prescindia de la

(1) Así se ha dicho por un escritor á quien respetamos como es debido. Pero nosotros preguntamos ¿si aquellos hombres se levantarán del sepulcro y vinieran á presenciar lo que hoy pasa en Colombia, no se tendrían por engañados? Nosotros no creemos que los primeros patriotas, por mas filósofos que fueran, pensarán que el empuje dado por ellos nos habia de traer al extremo en que estamos; y esto nos recuerda lo que dijo Alejandro Dumas hablando de la revolucion de Francia: "Detras "de los hombres que imprimen el primer movimiento hay otros que esperan á que "este primer empuje se haya verificado, y á que fatigados ó satisfechos en uno ó "en otro caso, no queriendo ir mas adelante, descansen los que lo han dado. Entónces "es cuando, á su vez, estos hombres desconocidos, misteriosos agentes de las pasiones fatales se deslizan en las tinieblas, toman el impulso donde lo han abandonado "sus predecesores y lo llevan hasta los límites extremos: dejan aterrados á los mismos "que les han descubierto el camino y que han quedado en la mitad de él creyendo que "estaba ya andado y alcanzado el objeto."—"Angel Pitou," cap. LI.)

(2) Historia de Colombia—Nueva Granada—Cap. VII, pág. 301. Esta experiencia la hemos tenido nosotros y el señor Restrepo la alcanzó á ver. Quién se engañaba?

autoridad romana? Porque la supresion de este título no queria decir otra cosa. En aquellos tiempos en que poco se comprendian estas simulaciones y en que los promovedores de novedades andaban con tanto disfraz, podia pasar la especie desapercibida, pero en nuestros tiempos ya todos saben lo que eso significa.

Y todo esto pasaba cuando los granadinos estaban divididos en guerra civil: cuando poblaciones como la de Cartagena se sacrificaban para sostener intereses de partidos personales: cuando el gobierno general daba á conocer su impotencia y mala conformacion reformándose todos los dias, cosa que hacia perder el prestigio entre los pueblos: cuando los reclutamientos y las exacciones para formar ejército tenían aterrados, aburridos y cansados á los pueblos; cuando, finalmente, tocaba la expedicion española á la puerta y sus jefes, á nombre del rey, ofrecian orden, paz é indulto para lo pasado (véase el n.º 55). Entónces fué cuando las gentes laboriosas y pacíficas, al recuerdo de la paz que ántes disfrutaban, aunque fuera la pazsepulcral que les era preferible á la vida tormentosa é insufrible de la república, ya no pensaron mas que en recibir con los brazos abiertos á los españoles.

CAPÍTULO LXII.

Fernando VII nombra á Morillo jefe de la expedicion de Costafirme—Desacierto en esta eleccion—Política detestable de Morillo—Cómo hizo fortuna en la carrera militar—Viene la expedicion á Venezuela—Calzada es batido en Chire—Se reforma el gobierno de la Union—Es electo presidente el doctor Camilo Tórres—Calzada derrota á Urdaneta en Chitagá—Sitio de Cartagena—Toma de la plaza—Calzada derrota á García Rovira en Cachirí—El presidente Tórres renuncia—Es elegido el doctor José Fernández Madrid—Situacion angustiada de la república—Calzada en Pamplona y el Socorro—El coronel La Torre con su division se reúne á Calzada—Serviez nombrado general del ejército—Fuerzas que dirige Morillo sobre Antioquia, el Cauca y el Chocó—Patriotas fusilados en Cartagena—Serviez se retira ácia Santafe trayendo la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá—El presidente Madrid marcha para Zipaquirá—El cadete P. A. Herran acompaña al presidente—Relacion que hace de aquellos sucesos—El congreso ordena capitulaciones con los españoles—El cabildo de Santafe solicita lo mismo—El presidente da pasos sobre esto pero no capitula—Extiende credenciales á los gobernadores eclesiásticos y emigra para Popayan—Se ha juzgado con injusticia al presidente Madrid—Pasa Serviez por Santafe para los Llanos—Emigracion—Incidentes ocurridos en la emigracion del gobierno.

Derribado por los príncipes aliados el colosal poder de Napoleon y restablecida la monarquía española, se halló Fernando VII en disposicion de someter las disidentes colonias americanas. Un ejército numeroso y perfectamente disciplinado, con jefes experimentados, se hallaba en capacidad de cumplir aquella mision. Por un momento parece que vaciló el gabinete de Madrid en la eleccion del jefe á quien debia confiar la pacificacion de Ve-

nezuela y Nueva Granada; y aun se dijo que habia habido opiniones por el teniente general don Pedro Mendinueta, como conocedor del pais y hombre político que tan buenas simpatías habia dejado en el Nuevo Reino; y á la verdad, que esta designacion habria sido muy acertada; pero segun tambien se dijo, el duque de Wellington, bajo cuyas órdenes habia militado el teniente general don Pablo Morillo, persuadió á Fernando VII para que encargase la empresa á este jefe.

De la eleccion de este bárbaro soldado que ha querido pasar por otra cosa en sus *memorias*, precisamente fué que dependió la total pérdida de estos paises para la España; y Fernando VII ántes de recibir el consejo del inglés debió haber recordado la fábula de Samaniego, del perro y el cordero, por aquello de la cooperacion que la monarquía española prestó á las insurgentes colonias norte-americanas. Al año de la *pacificacion* de Morillo ya se decia por todas las bocas, y sin faltar á la verdad, que este hombre habia venido á hacer patriotas. A este propósito dice el señor Restrepo en su historia y con mucha razon:

“Si Morillo en vez de cebarse en la sangre americana hubiera usado de la plenitud de sus facultades y enviado á la península los jefes de la revolucion que cayeron en sus manos, habria hecho una herida muy profunda á la futura independencia de la América del Sur. Los pueblos de la Nueva Granada estaban cansados de la guerra y anhelaban por disfrutar de su antigua quietud bajo el gobierno español. Hubiérala restituido Morillo segun lo exigian la humanidad y la política y los mismos pueblos habrian permanecido tranquilos por muchos años.”

Tan cierto era esto, que con escepcion de la resistencia que se opuso á las tropas del rey en Cartagena, Cachiri y las dos últimas acciones que se dieron con los restos del ejército que se retiraba para el sur, en todas partes se les recibió con los brazos abiertos, todos llenos de entusiasmo y alegría. Los cabildos, entre ellos el de Santafe, se apresuraron á celebrar actas y acuerdos para ponerse á disposicion de los jefes del ejército del rey con los vecindarios y fuerzas con que contaban. Esto consta de las Gacetas de Santafe del año de 1816, donde se particularizan varios de estos hechos, entre ellos el del cabildo de Cartago, presidido por don José Antonio Mazuera, que remitió una acta semejante al coronel don Francisco Warleta cuando marchaba de Antioquia ácia el Cauca; y el comandante de la guarnicion de aquel lugar, don Pedro José Murgueitio, ofició al mismo jefe poniendo á su disposicion la gente y armas de su cargo. Los mismos jefes españoles dieron testimonio de la buena voluntad con que en todas partes habian sido recibidas las tropas españolas (véase el n.º 56), y los patriotas mas comprometidos no temieron presentarse protestando ser fieles al rey en adelante.

Morillo habia empezado su carrera de soldado de marina, y sirvió en la clase de sargento á órdenes del capitán de fragata don Antonio Villavicencio. En la guerra con los franceses, en 1808, fué ascendido á oficial de infantería de línea. Hizo la guerra de partidas con buen suceso, debido á su valor y genio militar; y en el sitio de Vigo estrechó en tales términos al jefe frances que lo obligó á capitular; pero como no podia hacerlo sino con un jefe de igual graduacion, Morillo se diviso de coronel y como tal hizo las capitulaciones. Este fraude fué premiado por sus efectos, confirmando la regencia á Morillo en el grado de coronel. Despues pasó á servir bajo las órdenes de Wellington y se halló en la batalla de Waterloo. *Colosa*

Puesto, pues, el ejército expedicionario sobre América, á las ordenes del teniente general don Pablo Morillo y de su segundo el mariscal don Pascual Enrile, se dirigió ácia las costas orientales de Cumaná donde desembarcaron en los primeros dias de abril (1815) y se reunieron con la division de Morales que acababa de destruir las tropas republicanas de Maturin y Urica.

De Cumaná se dirigió Morillo sobre la isla de Margarita, único punto ocupado por los restos patriotas que desaparecieron á vista de la formidable escuadra que desembarcó en aquella isla el dia 7 de abril de 1815, donde dió el general expedicionario la primera proclama ofreciendo mil felicidades y garantías.

De Margarita ofició Morillo al capitán general don Francisco Montalvo avisándole su arribo. Montalvo que estaba temiendo por momentos un ataque por parte de los de Cartagena, contestó á Morillo pidiéndole auxilio, el cual no pudo mandarlo por escasez de víveres. Trasládose la escuadra á Puerto-cabello y Morillo pasó á Carácas á reorganizar el gobierno, y tan luego como dictó sus providencias se trasladó á Puerto-cabello de donde la escuadra se hizo á la vela, en los dias 10 y 12 de julio, con rumbo á Santamarta, donde arribó el 23 del mismo. Morillo habia dejado en Carácas al coronel don Sebastian de la Calzada, jefe de la 5.ª division, encargado de los negocios de la guerra con orden de pasar á Guadualito á ocupar á Cúcuta para que desde allí pasase á Ocaña. Pero sabiendo Calzada que en los llanos de Casanare habia una fuerza patriota al mando del general Joaquin Ricaurte, tuvo por conveniente dirigirse á ese punto, para batir aquella fuerza y salir luego á Tunja atravesando la cordillera. La fuerza de Calzada constaba de mil ochocientos hombres de muy buena infantería de línea y quinientos de caballería llanera de Barinas. La de Ricaurte se componia de mil hombres de caballería llanera de Casanare, muy bien montada y poco mas de cien hombres de infantería. Cuando Ricaurte supo la aproximacion de Calzada lo aguardó en el llano de Chire y allí le dió una carga de caballería tan violenta que le destrozó la suya completamente, y solo pudo salvar la infantería, que tomó posiciones donde la caballería no podia obrar, mientras que los llaneros se entretuvieron en coger prisioneros y el botin de Calzada que estaba á retaguardia. Este se vino por el camino de Chita atravesando el páramo para pasar á Cúcuta, segun las órdenes de Morillo. Llegó á Tunja la noticia de la derrota de Calzada y de que venia huyendo. El gobernador de Tunja Antonio Palacios, reunió gente de montoneras y sin jefe militar marchó en busca de los derrotados de los Llanos; pero cuando llegó á Chita ya Calzada se habia marchado de allí. Como el gobierno habia sabido todo esto mandó al coronel Manuel Serviez á que tomara el mando de la gente que habia juntado el gobernador de Tunja; pero ni el gobernador ni los que hacian de jefes quisieron reconocerle, y el resultado fué que la fuerza sin disciplina ni jefe militar se disolvió sin que sirviera de nada. Así se hacia la campaña por los federalistas, mientras que el enemigo, bajo un mismo plan dirigido por un solo jefe, obraba con la mayor actividad, sin perder tiempo ni desperdiciar ocasion favorable que se le presentara.

A medida que las cosas apuraban se reconocian los inconvenientes del sistema gubernativo; no era posible obrar como las circunstancias pedian, estando el poder ejecutivo repartido entre tres personas. Hizose una reforma y se le encargó á un solo individuo, resultando electo para ejercerlo el doctor Camilo Torres, hombre de gran mérito por sus virtudes

y saber; pero sin conocimientos militares, que entonces se necesitaban; y de genio apacible y lento, que no era lo que la situación demandaba. El doctor Torres rehusó el cargo, pero se le obligó á admitirlo.

Calzada seguía ácia Pamplona, y en el tránsito le salió al encuentro el general Urdaneta, que con mil hombres venía de Cúcuta por órdenes del gobernador de Pamplona, quien habia sabido la marcha de Calzada y pensaba que se le podía coger entre dos fuegos, contando con que vendría picándole la retaguardia el general García Rovira, que estaba con una división en el Socorro y tenia esta orden; pero alucinado con varias noticias falsas que le habian dado sobre el mal estado de la fuerza de Calzada, no acertó á marchar á tiempo.

Urdaneta se encontró con Calzada en el rio Chitagá, cuyo paso quiso impedirle. Allí se trabó el combate; pero como el rio estaba vadeable, no pudo impedirlo, y Urdaneta fué derrotado en términos que solo pudo escapar con doscientos hombres, con los que llegó á Cácuta de Velasco. Calzada fué á dar hasta Pamplona, donde se estacionó para dejar reponer su división y recibir los auxilios que habia pedido á Maracaibo. Rovira y Urdaneta reunieron los restos de sus fuerzas en Piedecuesta, é inmediatamente se les juntó el coronel Francisco de Paula Santander con una columna que tenia en Ocaña para auxiliar á Cartagena á tiempo que supo la derrota de Urdaneta y la ocupación de Pamplona por Calzada, lo que le colocaba entre dos fuerzas enemigas, cuyo embarazo evitó retirándose con mil riesgos y dificultades por el camino de Rionegro á Jiron.

Estos restos, con alguna mas gente de Santafe, Tunja y el Socorro, sirvieron de base al último ejército que tuvo el gobierno de la Union para hacer frente á los españoles, y cuyo mando se confió al general García Rovira, dándole por segundo al coronel Santander. El mando del ejército correspondia al general Urdaneta; pero se le habia llamado á juicio por la pérdida de la acción de Chitagá, porque entonces en la patria boba no se confiaba el mando del ejército á quien hubiera sido derrotado hasta no justificar su conducta ante el consejo de guerra. Serviez habia sido nombrado segundo jefe; pero no quiso admitir un nombramiento que lo sujetaba á las órdenes de un general improvisado, sin carrera militar como García Rovira; y téngase en cuenta que García Rovira habia sido presidente de la república. El ejército se organizaba y disciplinaba en Piedecuesta y subió su número á dos mil quinientos hombres, de los cuales mil seiscientos eran fusileros, doscientos de caballería y los demas lanceros de á pié.

Mientras estas cosas pasaban en el interior, Cartagena agonizaba en los horrores del sitio. Se habia dado principio á éste desde el 22 de agosto y en el de octubre eran ya tales los estragos del hambre y la miseria, unidos á los que causaba el bombardeo de los sitiadores, que se acordó en una junta autorizar al gobernador para tomar cuantas providencias le ocurriesen para salvar la ciudad, escepto el entrar en transacciones con Morillo. De aquí resultó la resolución de ponerse bajo la protección del gobierno inglés, entendiéndose para ello con el gobernador de Jamaica, de quien nada se obtuvo. Con el hambre habia entrado la peste, que hacia iguales estragos. En el mes de noviembre no habian quedado ni los cueros que servian de forros á las sillas; ni habian quedado animales de ninguna especie que no se hubieran comido; no habian dejado ni yerbas silvestres; hubo dia de morir trescientas personas de hambre andando por las calles; se habia mandado que salieran de la plaza todos los que

quisieran, escepto los que podian servir para la defensa; mas nadie habia querido hacerlo, temiendo ménos los horrores del hambre que á los expedicionarios. Sin embargo, á lo último se resolvieron muchos á salir y no fueron mal tratados de los sitiadores.

Al entrar el mes de diciembre la mortandad habia reducido enteramente las guarniciones de los fuertes y ya era imposible ningun buen éxito. Entonces el gobernador consultó con una junta y se resolvió evacuar la plaza al dia siguiente con dirección á las islas extranjeras. El gobernador encargó á sujetos respetables, afectos al gobierno español, que entregasen la plaza al general Morillo conforme á las proposiciones que este habia hecho ántes y por las cuales se ofrecian garantías personales y de intereses.

La emigración, como en número de dos mil personas de todos sexos y condiciones, se embarcó el dia 5 de diciembre á las diez de la noche, en una escuadrilla que estaba á las órdenes de un francés, zarpada en el puerto, y emprendió su salida por entre las fortalezas levantadas por los enemigos y los buques que bloqueaban por mar. Esta desesperada resolución se llevó á efecto con inaudita intrepidez forzando la bahía por medio del vivo fuego de veinte y dos embarcaciones cañoneras y obuceras y doce piezas de grueso calibre montadas en diferentes partes, sufriendo averias, muertes y heridas en los emigrados, hasta atravesar la línea de los sitiadores combatiendo con ellos hasta ponerse fuera para encontrar con otro enemigo, que fué un terrible temporal que dispersó el convoy y los buques tomaron diversos rumbos, yendo á dar algunos á manos de los enemigos, que los apresaron con varios de los principales patriotas, entre ellos García Toledo, Ayas, Granados y otros. El resto de los emigrados, como en número de seiscientos, fueron á sufrir mil penalidades y trabajos en diversas islas, despues de haber visto morir, en el combate de la salida y en la navegación, á muchos deudos y compañeros por causa de maltratos y enfermedades.

En esta parte debemos oír lo que el capitán general don Francisco Mentalvo decia en una nota al ministro de guerra dándole parte de la rendición de la plaza de Cartagena. Decia:

“Precisamente habiamos resuelto el general en jefe y yo enviar un oficial á la ciudad con un oficio de que es copia la que acompaño á V. E. “Cuando el dicho oficial llegó ya estaba abandonada y fué á dar el aviso “al general Morillo á Cospique, á donde este jefe habia ido el mismo dia “5. Casi á un tiempo recibimos la noticia, aquel en el punto referido y yo “en el cuartel general.

“Al instante hice marchar los cazadores á las órdenes del teniente “coronel don Francisco Warleta, en union del comandante del escuadrón “del Perú don Ignacio Landázuri. Mandé al brigadier coronel de Leon “Antonio Cano siguiere con toda la fuerza de su cantón y la de Warleta “hasta encontrar resistencia; y no hallándola, hasta entrar en la plaza. “Despues que el coronel de la Victoria siguiere con el regimiento desde “Turbaco; y en este orden avanzó toda la línea á la ciudad, en ménos “de hora y media, á donde habia entrado anticipadamente una hora ántes con la tropa que tuvo á mano el general en jefe del ejército y el mariscal de campo don Pascual Enrile.

“El aspecto horrible que presentó la ciudad á nuestros ojos no se “puede describir exactamente. Cadáveres por las calles y casas; unos de

“los que acababan de morir al rigor del hambre, y otros de los que habían espirado dos ó tres días ántes, y que por ser en número considerable parece que no había tiempo para sepultarlos. Otras personas próximas á fallecer de necesidad: una atmósfera sumamente corrompida que apenas permitía respirar. Nada, en fin, se dejaba notar en estos infelices habitantes sino llanto y desolación.”

La toma de la plaza de Cartagena costó á los expedicionarios ciento ochenta días de sitio en que sufrieron enfermedades y trabajos, pereciendo mas de tres mil hombres, la mayor parte muertos de disenteria. En un asalto que habían tratado de dar á la Popa fueron completamente derrotados, muriendo en la refriega el capitán don José Mortua que mandaba la gente. El mismo Morillo dijo en su proclama dada en Cartagena á 22 de enero de 1816: “La ocupacion de la inexpugnable Cartagena es un milagro palpable.”

Si Morillo no lleva consigo el regimiento del rey, mandado por Moráles, compuesto de veteranos, todos ellos negros y mulatos venezolanos, acostumbrados á nuestros climas cálidos, habría tenido que levantar el sitio. Y aun con todo eso; si el país en vez de haberse hallado en la anarquía federal, hubiera estado constituido bajo un régimen central y vigoroso, que con unidad de acción hubiera podido dirigir sus providencias, sin trabas ni contradicciones de las pequeñas soberanías, á los puntos amenazados por el enemigo, es seguro que los españoles no habrían podido hacerse á la Nueva Granada, sin que les hubiese venido de España una doble expedición sobre la de Morillo; lo que no habría sido fácil según se vió por el resultado de la que intentaron mandar con Riego.

Era entrado el año de 1816 y aun no se sabía en el interior la toma de Cartagena. El gobierno general instó á García Rovira para que obrase sobre Calzada que permanecía en Pamplona. Rovira marchó de Piedecuesta con el ejército á Cúcuta, pero Calzada, viendo que se le iba á estrechar la comunicación con el ejército de la costa y con Maracaibo, de donde esperaba un auxilio, emprendió retirarse inmediatamente á Ocaña por el camino del páramo de Cachi. Rovira mandó entonces con dirección á Pamplona una fuerza al mando del teniente coronel José María Mantilla para que se apoderase de la que se sabía venía de Cúcuta conduciendo vestuario y otros artículos para Calzada. Este en su retirada dejó bien guarnecida una altura á la entrada del páramo. García Rovira marchó en seguida de Calzada, atacó esta fortificación y después de un reñido combate se hizo dueño de ella. Pero el estado en que se hallaba su gente no le permitió seguir inmediatamente sus marchas y permaneció allí por ocho días, al cabo de los cuales siguió por el páramo con dirección á Ocaña, donde hacía ya á Calzada, que se había situado fuera del páramo á tres jornadas de aquella ciudad y esperaba allí á los patriotas con un refuerzo de trescientos hombres del ejército expedicionario que le mandaba Morillo. Contaba Calzada ya con dos mil y cien soldados de infantería, una compañía de caballería y una pieza de artillería. Rovira llevaba mil hombres de infantería y ochenta de caballería. Situóse en unas colinas del páramo que le parecieron ventajosas para batir allí al enemigo si le atacaba; y en efecto allí lo atacó Calzada por sorpresa, habiéndole cogido por la noche la primera avanzada de observación sin que nadie lo sintiese. El ataque se principió el 21 de febrero por la tarde; se suspendió por la noche y al otro día se continuó. Calzada hizo atacar por los dos flancos los atrincheramientos y por el centro á la bayoneta. Después de una hora

de reñido combate murió de un balazo el jefe del cuerpo que defendía una de las trincheras, y por no haberse reemplazado inmediatamente el punto fué abandonado al enemigo. Los batallones de Santafe y Tunja se retiraron precipitadamente; esto mismo hicieron los demás que estaban situados por escalones, según el plan de Rovira, y no fué necesario mas para ponerlos á todos en desorden y que cargando los carabineros de Numancia completasen la derrota. De los patriotas murieron trescientos y se hicieron cerca de cuatrocientos prisioneros. De los realistas quedaron como doscientos entre muertos y heridos. Rovira y Santander lograron escapar y fueron á dar al Socorro, donde reunieron unos pocos de los dispersos que habían alcanzado á salir del páramo escapando á la persecución de la caballería. (1)

Llegó al gobierno general la noticia de esta pérdida y las esperanzas parece que desaparecieron en el ánimo del presidente Torres, quien presentó al congreso su renuncia de la presidencia. El congreso conoció que el señor Torres no era el hombre de genio á propósito para dominar la situación y trató de poner al frente del gobierno una persona de mas actividad. El doctor José Fernández Madrid había dado á conocer estas cualidades en las discusiones del congreso sobre planes de defensa; pero esto era ántes de la pérdida de las fuerzas con que se contaba para verificar esos planes mas no para el caso presente, cuando ya no se contaba con nada. Elijióse, pues, al señor Madrid con esperanzas de que, mejor que cualquiera otro, pudiera salvar la nave desmantelada en el naufragio; pero él entonces protestó que no era el hombre extraordinario que el congreso buscaba con tanta ansia para salvar la república en situación tan extrema, perdidos todos los recursos y perdido el espíritu público; que él no se creía con la virtud de resucitar un muerto, que tan difícil así le parecía la empresa que se ponía á su cargo.

Sin embargo de toda la resistencia que opuso el señor Madrid para admitir la presidencia, hubo de ceder á las reiteradas instancias del congreso y de sus amigos, protestando, sí, que aceptaba por la fuerza el cargo que se le confiaba; pero sin responder por los resultados. (2) Encargóse de la presidencia el día 14 de marzo de 1816; ¿y cuál era en esa fecha la situación de la república?

El ejército de Morillo dueño de la plaza de Cartagena; destruida en Chitagá la división del general Rafael Urdaneta por las fuerzas de Calzada; el grueso del ejército expedicionario penetrando al interior por las vías de Ocaña y Magdalena; y por último, completamente destruida en Cachi la división con que se contaba para la defensa de la república por la parte del norte. En la capital y provincias limítrofes no había mas que ciento setenta hombres visos de la guardia de honor del gobierno, que jamás habían estado en campaña; y lo que era peor que todo, el espíritu público perdido por el cansancio en que estaban los pueblos con seis años de continuo malestar por las guerras intestinas y las depredaciones producidas por estas, deseando ya el restablecimiento del antiguo régimen que

(1) Los carabineros de Numancia eran llaneros, restos de la caballería de Bóves.

(2) Esto se halla justificado por el testimonio de los señores doctor José María del Castillo Rada, Juan Fernández de Sotomayor y Miguel Uribe Restrepo, representantes que fueron del congreso de 1816 que eligió al señor Madrid. Estos documentos se encuentran en la exposición que el señor Madrid presentó á sus compatriotas en 1825, justificando su conducta política como presidente de las provincias Unidas de Nueva Granada.

antes les proporcionara sosiego, paz y seguridad en sus intereses, porque tal les parecia el resultado del triunfo que facilitarían á los españoles atendidos á sus proclamas y que tan caro les costó. A todo esto se agregaba la escasez de dinero, de armas y municiones, y cada cual tratando de ver cómo se acomodaba con los que venían: en el reverso de la escarapela tricolor tenían la cifra de F. VII para volverla del otro lado al momento de la entrada, y en las casas las armas del rey pintadas en papel para fijarlas á ese mismo tiempo en la puerta de la calle. Con tales elementos era que contaba el presidente Madrid para salvar la república y tales las condiciones á que se vió sujeta su autoridad en aquella aciaga época.

Oigámoslo de su propia boca:

“ Aquella última esperanza que jamás muere en el corazón de un patriota me hizo creer que con extraordinarios esfuerzos aún podíamos sostener la lucha, ó al ménos acabar con honor. Los hice en efecto, no sin grandes dificultades; reuní hombres dentro y fuera de la capital; se trabajó de día y de noche en la composición de fusiles; conseguí formar algunos escuadrones de caballería, que marcharon inmediatamente, y reunidos con los dispersos de Cachirí, formaron el ejército al mando de Serviez. En fin, el espíritu público dió algunas señales de vida. Para concebir el estado en que este se hallaba al tiempo de mi nombramiento, recuérdese que una de mis primeras medidas fué publicar que saldría yo al frente de los patriotas que quisieran seguirme para reunirme al ejército y concurrir con nuestras personas á la defensa de la república. Comisioné sugetos que recorriesen la ciudad con este objeto: se fijaron carteles en las esquinas para que los individuos que se decidiesen á acompañarme inscribieran sus nombres. ¿Se podrá creer hoy que su número total no alcanzó á media docena? (1)

La división de Calzada marchó rápidamente sobre las provincias de Pamplona y Socorro; no había absolutamente quien pudiera oponérsele, porque la única fuerza que por esa parte quedaba era la que había marchado para Pamplona al mando del teniente coronel José M. Mantilla, que fué destruida en Cúcuta por el capitán español don Francisco Delgado. Desde entonces las tropas reales fueron recibidas con júbilo y regocijo por todos los lugares. En Sangil y el Socorro, que tanto se habían distinguido por su patriotismo, fué recibida Calzada con repiques de campanas y cohetes, como él mismo lo publicó en su proclama de 5 de marzo.

El presidente Torres al dejar el mando había nombrado general en jefe de las fuerzas de la república al coronel Manuel Serviez, ascendiendo á general de brigada. Estas fuerzas eran las únicas que quedaban destinadas para la defensa de las provincias de Tunja y Cundinamarca. Su cuartel general se estableció en Puente Real, y el número de ellas no pasaba de mil doscientos hombres de infantería y caballería mal armados, y la mayor parte colecticios de poco tiempo. Calzada permaneció en el Socorro aguardando la división que enviaba Morillo por Ocaña, al mando del coronel don Miguel de La Torre, primer jefe de toda la división del norte. Al mismo tiempo enviaba otra división para el Chocó, al mando del coronel don Julian Bayer y una tercera para Antioquia y el Cauca al mando del coronel don Francisco Warleta, nombre que se hizo horrorosamente memorable en el Cauca y Popayan.

Antes de salir Morillo de Cartagena para Santafe con su segundo don

(1) Exposición del doctor José Fernández Madrid, año de 1825.

Pascual Enrile, ya estaban las cárceles llenas de presos entre los cuales se contaban muchos de los más distinguidos patriotas; el general Castillo era uno de ellos. Este no había emigrado porque los que quedaban en la plaza no se lo permitieron, diciendo que debía correr su misma suerte una vez que á él se debía en mucha parte la pérdida del país y su desgraciada suerte. El se ocultó en el convento de las monjas del Carmen con su familia; mas no le valió porque fué descubierto. El doctor García Toledo, que había sido cogido en la emigración, también se hallaba en la cárcel. Estos y otros fueron juzgados en el consejo de guerra permanente y fusilados por la espalda como traidores. Antes de esto ya había dado Morales la prueba de lo que valían los indultos y garantías ofrecidas por los jefes de Fernando VII degollando cuatrocientas personas del pueblo de Bocachica después de haber publicado un indulto general para que todos se presentasen. El general Morillo antes de atropellar las inmunidades eclesiásticas en las personas de los gobernadores del arzobispado quiso dar una prueba espléndida de su religiosidad y respeto por la iglesia recibiendo en Cartagena de alguacil de la inquisición; y aunque se le dió título (seguramente por modestia) no quiso usar de él en sus *Memorias* como usó de los de conde de Cartagena y marqués de la Puerta.

Serviez, para comprometer el espíritu religioso de los pueblos en favor de la causa de la república, concibió desde que estaba en Sogamoso el proyecto de traer en su retirada la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá y con tal pensamiento expidió una proclama en que decía á las tropas que era preciso volar á defender el templo de la Virgen, que iba á ser profanado por los españoles. Esto pasaba á fines de marzo y en abril ya estaba Serviez en Chiquinquirá; y como se acercaban las tropas enemigas ordenó que el 20 á las tres de la tarde se sacase la imagen, como se verificó, á pesar de las representaciones de la comunidad de los padres dominicanos que se oponía á ello. Los vecinos también manifestaron el pesar que semejante disposición les causaba; pero nada bastó, y Serviez hizo construir un cajón de tablas en que acomodó el cuadro echándole por encima un forro de encerados.

Así se vió salir con grande pena de toda la población esa misma tarde la Virgen de su veneración, en medio de la tropa y seguida de los padres dominicanos, muchos de ellos á pié. Aquella noche se quedaron en el sitio llamado Cerca de piedra; y el siguiente día fué el primer domingo que, después del trascurso de más de un siglo, se vió la santa imagen sin el culto debido, no habiéndose podido celebrar el santo sacrificio de la misa. El 21 siguió para Ubaté, Cucunubá y Chocontá. En este pueblo permaneció Serviez con la Virgen ocho días y se resolvió á traer esta ruta, dejando la de Zipaquirá para impedir que las tropas españolas se viniesen directamente por Tunja á Santafe; En Chocontá Serviez iba á pasar por las armas á un desertor y lo perdonó á nombre de la Virgen. Bien pudo ser esto obra de hipocresía, como dijo después el gacetero de Morillo, pero lo cierto fué que el hombre se salvó á nombre de la Virgen por quien pidió la gracia. En este pueblo se le dió culto, celebrando muchas misas, con salves; porque aquello era una verdadera procesion que seguían las gentes de los pueblos, aunque bien diferente de aquella que se hizo cuando la epidemia de Santos Gil.

El 31 de marzo el presidente Madrid expidió una proclama dirigida á sus conciudadanos, avisándoles que cumplía con su palabra saliendo con la fuerza que estaba en la capital para unirse con el general Serviez y

hacer frente al enemigo. Según los términos de la proclama, que se publicó impresa, la partida del presidente debió verificarse el 1.º ó 2 de abril.

El general Pedro Alcántara Herran ha escrito una exacta relación de los hechos relativos á la retirada del presidente Madrid, como testigo presencial de todos ellos, por haber sido uno de los individuos que, por ser de la Guardia de honor del presidente, se mantuvo á su lado desde que se posesionó de la magistratura hasta que la renunció en Popayan. Este testimonio del general Herran, dado en estos últimos días, nos parece demasiado abonado para hacer uso de él en esta parte de nuestra historia, ya que con tal permiso se nos ha franqueado.

El general Herran, después de dar razón de las circunstancias que lo ponían en aptitud de saber todo lo ocurrido en aquellos fatales días, dice:

“Cuando el presidente Madrid salió de Santafé, á fines de marzo ó principios de abril de 1816, para emprender operaciones militares, llevó consigo la Guardia de honor. Se situó en Zipaquirá para combinar con el general Serviez el plan de campaña. Pasó pocos días después á Chia, en donde el batallón del Socorro estuvo acantonado con nosotros. Estando allí llegó al mismo pueblo el general Serviez; tuvo una larga conferencia con el presidente Madrid, y pronto supimos los oficiales que allí estábamos que tanto Serviez como los oficiales del ejército de su mando habían resuelto no esperar á las tropas españolas, ni ir al sur sino retirarse á la provincia de Casanare, y que llevarían á efecto esta resolución á pesar de las órdenes que en contrario espidiera el presidente.

Al hablar el general Herran de la retirada del presidente Madrid desde Chia al pueblo de Bogotá, dice:

“Al pasar por el pueblo de Bogotá (que hoy se llama Funza) encontramos en él un desorden desconsolador. Se veía mucha gente sin armas, afanada, moviéndose sin objeto en todas direcciones y sin saber qué hacer: cañones abandonados en la plaza; fusiles, lanzas, cajones de municiones por el suelo en la plaza y las calles. En los semblantes de las personas que allí había se veía la desesperación ó la profunda tristeza que se había apoderado de ellas. La mayor parte de la gente que había ido de Santafé, se empeñó en persuadir á los oficiales que acompañaban al presidente, que no siendo posible resistir por la fuerza á las tropas españolas, debía negociarse una capitulación para favorecer de algún modo á los pueblos que habían de quedar sometidos al dominio de los vencedores. . . . Algunos de nuestros oficiales y varios individuos de tropa se quedaron en Bogotá para irse á sus casas; pero lo hicieron porque no tuvieron fuerza de ánimo para resistir á las insinuaciones de sus parientes y amigos, y no provocaron acto alguno de insubordinación.”

El congreso expidió dos decretos sucesivamente para que el presidente Madrid negociase unas capitulaciones con el jefe español á fin de obtener algunas seguridades y evitar males á los pueblos ya que era imposible la defensa. El cabildo de Santafé estendió una acta con el mismo objeto y mandó á su síndico procurador cerca del presidente para que instase sobre ello. El presidente, compelido por las órdenes del congreso é instado por el cabildo y por otros muchos sujetos particulares, de lo más notable é influyente, estendió un pliego de proposiciones que tendían á ganar tiempo para poder verificar su retirada al sur, conforme al plan de defensa que había concebido. El diputado Dávila fué encargado de poner las propo-

siciones en manos del jefe español; pero fué detenido por Serviez en el tránsito y habiéndole cogido el pliego lo abrió, y de aquí tomó ocasión para persuadir á su gente sobre la necesidad de que lo siguieran á Casanare y que se desobedeciese al presidente que trataba de capitular con los españoles.

Como las negociaciones no tenían resultado y el ejército expedicionario se acercaba, el cabildo reiteró sus instancias al presidente por medio de una comisión eclesiástica, y este en los momentos de partir escribió un pliego de credenciales para que los gobernadores del arzobispado, asociados con otros dos sujetos particulares, pudieran entablar las negociaciones de paz con el general español.

El doctor Ignacio Herrera, que fué el comisionado del cabildo para promover la capitulación cerca del presidente, y autor de la proposición que contenía este artículo en el acta de dicha corporación (1) se atrevió á decir que el presidente Madrid le había manifestado deseos de hacer aquel arreglo con los españoles; pero la prueba de que no lo deseaba la dió el señor Madrid con no hacerlo á pesar del mandato del congreso y del empeño del cabildo, siéndole más fácil y más seguro para su persona que emigrar. Sobre esto debe oírse al general Herran. Dice así:

“El presidente Madrid, lejos de haber manifestado deseos de capitular con los españoles, desobedeció en la realidad las órdenes perentorias del congreso para que lo hiciera. Cierto es que no desobedeció abiertamente dichas órdenes; pero se limitó á dar algunos pasos de mala gana sin tomar empeño en que tuvieran resultados eficaces; y se resistió á acceder á la solicitud que le dirigió el cabildo de Santafé, y á las insinuaciones que sin disfraz le hicieron varios patriotas notables para que entrase en algún arreglo con los jefes españoles. Siendo fácil como era para Madrid hacer una transacción, contando con el apoyo que para ello tenía, es natural creer que si no lo hizo fué porque no quiso.”

El presidente Madrid no capituló, y sin embargo se ha querido denigrar su conducta política atribuyéndole *intenciones* de capitular. ¡Raro modo de juzgar á los hombres! Pero, supongamos que hubiera capitulado; ¿no serían más dignos de crítica los del congreso que él? ¿Cómo no se ha hecho cargo á ninguno de ellos por haber mandado al presidente que capitulara, y si se hace cargo á este por atribuirle *intenciones* de capitular? ¿Era que faltaba algo al martirio de este hombre público? Pues en verdad que si miramos las cosas en él solo, prescindiendo de su familia, el suplicio que sufrió en los últimos aciagos días de su gobierno, equivalía bien á un banquillo. Pero de esto nadie se ha hecho cargo al juzgar al doctor Madrid.

Sin embargo, el señor Restrepo le ha hecho justicia cuando al concluir el capítulo X del tomo 1.º de su segunda edición de la Historia de Colombia ha dicho: “Empero es necesario confesar que los partes falsos que daba Serviez, pintando débiles á los enemigos, ofreciendo al principio dar una batalla, y queriendo después obrar con independencia, sin sujetarse al gobierno que le empleaba, no dejaron obrar á Madrid ni á sus consejeros. Fuera de esto, después que los sucesos se han desarrollado, es más fácil pronunciar un juicio exacto sobre las medidas que

(1) Esta acta se publicó á solicitud del doctor Juan N. Azuero en el número 191 de *El Correo de Bogotá*, año de 1823. Véase el tomo 1.º de Gacetas de la colección de Pineda.

“debieron tomarse en 1816; entónces era difícil, porque se hallaban muy divididas las opiniones sobre la conveniencia de una retirada á las vastas llanuras que riega el Meta, el Arauca y el Apure.”

Desde el pueblo de Bogotá comunicó el presidente una orden al coronel Francisco de Paula Santander, mayor general del ejército, para que asumiese el mando de las tropas y diese pasaporte á Serviez y demas oficiales que no quisiesen retirarse al sur. Las circunstancias eran difíciles para cumplir esta orden, porque Santander conocia á Serviez y sabia que estaba decidido á retirarse á Casanare. En tal situacion Santander hizo saber la orden que habia recibido, y el 4 de mayo Serviez juntó en Usaquen un consejo de jefes y oficiales, y se determinó seguir á Casanare por la vía de Cáqueza, no obstante las órdenes del presidente. Este, sabiendo ya el resultado de la comision de Santander, y viendo que las fuerzas que tenia á su lado repugnaban la retirada á los Llanos, ofició á Serviez diciéndole que siguiese con sus tropas á defender la causa de la libertad en los Llanos, mientras que él con la guardia y batallon del Socorro seguia ácia el sur con el mismo designio.

El día 5 de mayo pasó Serviez de Usaquen á Santafe, donde entró con la Virgen de Chiquinquirá antes de las once de la mañana. Las tropas españolas estaban en Zipaquirá, y el presidente Madrid habia marchado ya para la Mesa. Antes de esto habia comunicado varias órdenes al secretario de estado que estaba en la capital, entre ellas la de que recogiese los papeles de los archivos del gobierno y los dirigiese á Popayan y que si no habia tiempo para ello los quemase; mas esta orden no se cumplió, seguramente por el estado de trastorno y confusion en que se hallaban los espíritus en aquellos últimos momentos.

La llegada de Serviez á Santafe con la Virgen produjo diversas sensaciones. Las gentes piadosas corrian á tributar algun culto á la sagrada imagen; y al mismo tiempo se escandalizaban de que se le condugese de aquella manera. Hubo grandes empeños para que se le descubriese, pero Serviez no lo permitió.

El prior y comunidad de dominicanos la reclamaron; mas nada consiguieron; lo único que les ofreció Serviez fué que la entregaria en el pueblo de Cáqueza. En ese mismo dia siguió el ejército en retirada, y por la noche acampó en Tunjuelo, á una legua de Santafe, con algunos emigrados. Al otro dia se halló con tal desercion que de dos mil hombres que llevaba solo habian quedado seiscientos.

Los emigrados de una y otra via habian recogido en el tránsito y llevaban consigo, las alhajas de las iglesias de los pueblos para que no se aprovecharan de ellas los enemigos, ó para que el gobierno las aprovechara en caso de necesidad. Pero en el desorden en que se hacia todo en aquellos instantes de afan, no se podia saber cuántas se ocultarian los agentes encargados de la operacion, ni cuántas se estraerian por el camino; baste decir que ni los mismos empleados públicos que las conducian sabian lo que llevan en las cargas. En la Plata se quiso tomar razon de las alhajas que se conducian en pos del gobierno, y cuando fueron á examinar los bultos resultó, segun oficio del secretario José [María Mutienx, que la mayor parte de ellos no contenian sino casullas, capas de coro y otros ornamentos, bajo el nombre de *alhajas de iglesia*. Por eso desde allí fueron dejándolas en los pueblos para no llevar cargas inútiles. Agregóse á esto la defeccion del comisario don Nicolas Tolosa, que ocultándose con la caja retrocedió luego y la entregó á los españoles.

Refiere el general Herran en su relacion que cuando llegaron á Neiva con el presidente Madrid y detenidose allí unos dias por faltar auxilios de marcha se ofreció un incidente á consecuencia de algunas expresiones del sargento mayor Simon Búrgos, comandante accidental de la Guardia de honor, ofensivas al capellan del batallon Socorro, las cuales, siéndole referidas, le encendieron en cólera y tomando una espada fué en busca de Búrgos, y habiéndole hallado le descargó varios planazos. Este trató de hacer uso de su espada pero se lo impidieron los oficiales que estaban presentes, uno de ellos el mismo que lo refiere. A consecuencia de esto y para evitar en el camino algun conflicto entre los dos cuerpos, dispusieron el presidente y el general García Rovira que la Guardia de honor continuase inmediatamente su marcha quedando á retaguardia el batallon Socorro, lo que fué causa, quizá, de la pérdida de todo el ejército del sur, como se verá luego.

CAPÍTULO LXIII.

Entran en Zipaquirá las tropas del rey—Indulto que publica don Miguel de La Torre—Entrada de las tropas en Santafe—Otro indulto y proclama de La Torre—Marchan tropas en seguimiento de Serviez y de los emigrados al sur—La Virgen de Chiquinquirá vuelve de Cáqueza á Santafe—Las tropas de Sámano en el sur—Son aprehendidos algunos emigrados—El presidente Madrid y la comision del congreso en Popayan—Cabal renuncia el mando de las fuerzas de Popayan y es nombrado Megía—Renuncia el presidente Madrid—La comision del congreso admite la renuncia y hace nombramiento en Megía—Madrid pasa á Cali—Prisiones en Santafe—Llegada de Morillo á la capital—Despotismo de este jefe sanguinario—Su segundo Enrile—El consejo de guerra permanente—El consejo de purificacion—Junta de secuestros—El provisor don Antonio Leon—Se anuncia un indulto para el dia del santo del rey—Se presentan las señoras á Morillo pidiendo favor para los presos—No son atendidas—Epoca de sangre y reinado del terror—Derrota de los patriotas en la cuchilla del Tambo—Los prisioneros—Derrota de la Plata—Patriotas prisioneros—El doctor Madrid.

Las tropas del rey se acercaban á Santafe, y el jefe de ellas, don Miguel de La Torre publicó un indulto en Zipaquirá, con fecha 4 de mayo, á nombre del soberano, ofreciendo garantías de vida é intereses á los comprometidos de toda especie en la causa revolucionaria, que se presentasen voluntariamente dentro del término de seis dias, ofreciendo ademas premios y recompensas á los que se presentasen con armas, caballerías ó municiones de guerra, ó que denunciasen donde las hubiera. Es digno de notarse este artículo del indulto.

“Los esclavos que aseguren y presenten algun cabecilla ó jefe revolucionario, á quien pertenezcan, se les concede su libertad, una gratificacion pecuniaria y ademas serán condecorados conforme al mérito que con traigan en la prision del sugeto.”